

parlamentarios ninguno hay que citarse deba con especial encomio, habiendo sido todos consagrados á cuestiones políticas ó de un interés pasajero y secundario, ó extrañas cuando menos á la índole y al progreso de sus tendencias filosóficas. De esta regla general no merece verdaderamente ser exceptuado sino el discurso acerca de la política internacional de España, que pronunció poco después de abiertas las Cortes de 1847, para las cuales, en virtud del nuevo sistema electoral creado el año anterior, había sido diputado por su distrito natural de Don Benito. Levantándose, en aquella peroración, sobre todas las cuestiones de política transitoria, que no sin calor habían ya iniciado las distintas fracciones de la Cámara; hizo resonar en medio de aquellas luchas, tan estériles como peligrosas, la voz del patriotismo, llamando la atención de la Asamblea hacia los intereses permanentes y fecundos de nuestra España; determinando el carácter y los límites de las alianzas que nos convienen; señalando los actos y las tendencias de nuestra antigua diplomacia, de nuestra política tradicional; considerando, en consecuencia, como objeto y término propios de nuestra ambición y de nuestros proyectos al Portugal y las costas africanas: verdadero recuento de nuestras glorias, verdadero resumen de nuestros intereses, verdadero despertador de nuestras legítimas esperanzas, que debieran pasarse de mano en mano, como un sagrado depósito y como regla fundamental de conducta, nuestros hombres de Estado. El Congreso le oyó con vivísimo anhelo y le aplaudió con desusado entusiasmo: lloró con él sobre la tumba de la infortunada Polonia; siguió con él la marcha triunfante de nuestros antiguos guerreros; y con él saludó la aurora venidera del día en que, movidos y guiados por una política propia, generosa y grande, acudamos adonde nos llaman el honor de nuestro nombre, el interés de nuestro porvenir y la voz de nuestros padres.

Aparte de este discurso, repetimos, ninguna otra producción digna de mencionarse especialmente encontramos desde 1843. Y sin embargo, la laguna que en esta parte nos ofrece la vida de Donoso contribuye en gran manera para explicarnos la profunda revolución que vamos á ver obrada en su espíritu desde el período á que hemos llegado.

## V

Su inteligencia había recorrido todas las fases en que sucesivamente podían y debían colocarla la voracidad de su imaginación, el ardor de su carácter, la experiencia del mundo: en Filosofía, desde el dogmatismo racionalista, pasando por el criticismo eclético, hasta el casi anulamiento de la razón: en política, desde la juvenil exaltación de un liberalismo ambicioso, pasando por el doctrinarismo parlamentario, hasta la condenación del parlamentarismo y de los doctrinarios. Había visto en su infancia la desatentada crueldad de las reacciones políticas: había visto en su juventud la bárbara impetuosidad de las revoluciones: había pertenecido en su edad viril á la escuela que busca la fusión de la libertad y el orden en transacciones absurdas é imposibles: había tocado de cerca la lava ardiente de las pasiones, y sufrido el choque de las luchas políticas: había probado las amarguras de la proscripción y las dulzuras de la victoria: había experimentado que las granjerías del favor cortesano y las honras de este mundo no dan felicidad, ni aun reposo á las almas bien templadas: había recorrido las páginas de la historia para buscar en ellas, no lo nuevo, sino lo verdadero: se sentía carecer de una fuerza que domase sus apetitos violentos y de un auxilio que restaurase la flaqueza de su corazón: hallábase, en fin, al rayar en su edad madura, con mucha ciencia vana, con mucho desengaño cierto, sin fe viva, con esperanza débil, con estéril ternura, con infecundas lágrimas. Era llegado el momento; y como si Dios hubiese querido disponerle convenientemente para la prueba, permitiéndole pasar cuatro años de una vida activa para su cuerpo, de reposo para su espíritu, impuso silencio á su palabra y empezó á sembrar en su pecho los dolores. Las causas estaban ya perfectas: no faltaba más que la ocasión, y la divina misericordia no se la hizo esperar mucho tiempo.

Dejémosle hablar á él mismo: "Yo siempre fui creyente en lo íntimo de mi alma; pero mi fe era estéril, porque ni gobernaba mis pensamientos, ni inspiraba mis discursos, ni guiaba mis acciones. Creo, sin embargo, que, si en el tiempo de mi mayor abandono y de mi mayor olvido de Dios me hubieran dicho:—Vas á hacer adjuración del catolicismo ó á padecer grandes tormentos—me hubiera resignado á los tormentos por no hacer abjuración del

„catolicismo. Entre esta disposición de ánimo y mi conducta había,  
„sin duda ninguna, una contradicción monstruosa. Pero ¿qué otra  
„cosa somos casi siempre sino un monstruoso conjunto de mons-  
„truosos contradicciones?

„Dos cosas me han salvado: el sentimiento exquisito que siem-  
„pre tuve de la belleza moral, y una ternura de corazón que llega  
„á ser una flaqueza: el primero debía hacerme admirar el catoli-  
„cismo, y la segunda me debía hacer amarle con el tiempo.

„Cuando estuve en París traté íntimamente á M..., y aquel  
„hombre me sojuzgó con sólo el espectáculo de su vida, que tenía  
„á todas horas delante de mis ojos. Yo había conocido hombres  
„honrados y buenos; ó por mejor decir, yo no había conocido nun-  
„ca sino hombres buenos y honrados; y, sin embargo, entre la hon-  
„radez y la bondad de los unos y la honradez y la bondad del otro,  
„hallaba yo una distancia inconmensurable: y la diferencia no es-  
„taba en los diferentes grados de la honradez; estaba en que eran  
„dos clases de honradez de todo punto diferentes. Pensando en  
„este segocio, vine á averiguar que la diferencia consistía en que  
„la una honradez era natural, y la otra sobrenatural ó cristiana.  
„M... me hizo conocer á V..., y á algunas otras personas unidas  
„por los vínculos de las mismas creencias: mi convicción echó en-  
„tonces raíces más hondas en mi alma, y llegó á ser invencible por  
„lo profunda.”

„Dios me tenía reservado para después otro instrumento de  
„conversión más eficaz y poderoso. Tuve un hermano, á quien vi  
„vivir y morir, y que vivió una vida de ángel, y murió como los  
„ángeles morirían, si murieran. Desde entonces juré amar y ado-  
„rar, y amo y adoro... iba á decir lo que no puedo decir; iba á decir,  
„con una ternura infinita al Dios de mi hermano... Vea Ud. aquí,  
„amigo mío, la historia íntima y secreta de mi conversión... Como  
„usted ve, aquí no ha tenido influencia ninguna ni el talento ni la  
„razón: con mi talento flaco y con mi razón enferma, antes que la  
„verdadera fe me hubiera llegado la muerte. El misterio de mi  
„conversión (porque toda conversión es un misterio) es un misterio  
„de ternura. No le amaba, y Dios ha querido que le ame, y le amo:  
„y porque le amo, estoy convertido.”

En esta disposición de ánimo escribió ya sus artículos acerca de  
Pío IX, publicados en *El Faro* en Septiembre de 1847, y antes del  
folleto escrito sobre el mismo asunto por Balmes. Permítase aquí  
consignar un paralelo que sugiere el recuerdo de este gran filósofo.  
Donoso ha dicho con razón, en la carta de donde están sacados los

párrafos anteriores, que Balmes y él, escribiendo acerca de aquel  
mismo tema y asunto, habían dicho las mismas cosas, formulado el  
mismo juicio, articulado las mismas opiniones: y ciertamente, basta  
echar una ojeada sobre los dos escritos, para ver que en efecto los  
inspiró un mismo pensamiento y un idéntico fin. Sin embargo, el  
escrito de Donoso es considerado generalmente como línea divisoria  
de las dos épocas de su vida intelectual, como la primera prenda  
y muestra pública de su conversión; mientras que el de Balmes,  
reconocido constantemente como escritor católico, fué agria y  
cruelmente censurado por sus antiguos amigos y admiradores.  
¿Cómo lo que en Donoso se juzgó prenda y muestra de catolicismo,  
pudo ser censurado en Balmes como contrario á sus antiguas doc-  
trinas y creencias católicas? ¿Por qué la obra del primero se aplaude  
como una iniciación dichosa en la misma escuela que lamenta como  
una deserción la obra del segundo?

Los hombres de bien deben protestar aquí, con toda la energía  
que inspire la rectitud de un cristiano, contra la injusticia de que  
Balmes fué víctima, y que sin duda contribuyó no poco á cortar  
el plazo de su preciosa existencia. ¡Bárbara y ciega saña de los par-  
tidos políticos, prontos siempre á turbar ó á castigar la noble inde-  
pendencia del filósofo, que superior á las preocupaciones, y desde-  
ñando los intereses pasajeros y mezquinos, sabe decir lo verdadero  
y lo conveniente á la eterna causa de la justicia! Y aquí entra prin-  
cipalmente el paralelo que hemos indicado. ¿Por qué Balmes fué  
mártir de sus opiniones respecto á Pío IX? ¿Por qué Donoso, tan  
unánime y lisonjeramente saludado cuando inauguró la última y de-  
finitiva fase de su vida intelectual, tuvo, en el término de sus días,  
que sufrir tan hondas amarguras? Balmes parecía bueno para de-  
fender la causa transitoria, las conveniencias personales de una  
fracción política; y porque, atendiendo al santo y eterno interés de  
la Iglesia de Jesucristo, formuló opiniones que la recelosa intolerancia  
de partido juzgó contrarias á aquella causa y á aquellas conve-  
niencias, fué dura y amargamente censurado. Donoso fué bueno  
para combatir en la tribuna y en la prensa á la demagogía que,  
bajo distintas formas, amenazaba hundir en el común naufragio las  
doctrinas y los intereses de la fracción política en que estaba clasi-  
ficado: y porque, al buscar sinceramente la raíz del mal que había  
combatido, halló en la razón y en la historia doctrinas que socava-  
ban el árbol genealógico de aquella fracción, fué acusado de após-  
tata por los unos, y desdeñado por los otros como un pobre fanático,  
tomado de la manía del misticismo. ¿No es esto verdad? Los parti-

dos políticos, que no tienen memoria ni entrañas, no agradecerán ciertamente, ni perdonarán acaso que esta verdad se diga, pero debe consignarse en la historia, para que salga de allí resplandeciente en el día de la justicia.

Por lo demás, oportuno parece mencionar aquí una carta escrita por Donoso en Julio de 1850, donde, al mismo tiempo que se justifican las opiniones emitidas por Balmes en su folleto acerca de Pío IX, se explica satisfactoriamente la contradicción que aparece entre el escrito de Donoso sobre el mismo asunto, y su célebre discurso parlamentario del 4 de Enero de 1849 sobre los acontecimientos que acababan de trastornar la capital del mundo católico, poniendo en fuga al Padre Santo. "El sistema general de política adoptado por Pío IX—se lee en aquella carta, escrita en francés, al comenzar su pontificado,—¿es bueno, ó es malo?... Yo he dado á esta pregunta dos respuestas en realidad idénticas, en apariencia contradictorias. En una ocasión he dicho *sí*: en otra he dicho *no*. Voy á explicarme: el mundo creía que la Iglesia no era tan católica como su nombre: el mundo creía que la Iglesia era una Reina servida por esclavos, y que sólo sus esclavos se le podían acercar libremente. Era necesario desengañar al mundo, y Pío IX ha sido el hombre de quien Dios ha querido servirse para desengañar al mundo por lo que respecta á su Iglesia: así debe interpretarse, en mi juicio, la conducta de este gran Pontífice. Así como en otro tiempo su divino Maestro llamó así á los judíos y á los gentiles, el gran Pontífice ha venido para llamar así á los monárquicos y á los liberales. Ha sido crucificado por los liberales, como su Maestro lo fué por los judíos: ¡Ay de los judíos! ¡Ay de los liberales!... En uno y en otro caso ha habido un llamamiento seguido de una catástrofe: y en uno y en otro caso, á pesar de la catástrofe, hay que tener el llamamiento por bien hecho. Este es mi *sí*: he aquí ahora mi *no*. Me parece bien que los liberales hayan sido llamados: pero á condición de que, lo mismo que los judíos, no sean llamados mas que una sola vez por todas hasta el fin de los tiempos: me parece que nuestro gran Pontífice será de la misma opinión. Creo estar en el buen camino aprobando lo que se ha hecho; pero no, sin embargo, creyendo que deba renovarse la experiencia. Justo, prudente y hasta necesario era que la Iglesia abriese sus brazos á todo el mundo, pero justo, prudente y necesario es también que la Iglesia, sin cerrar sus brazos, vuelva los ojos hacia los que han encanecido respetándola y amándola. ¡Nuestro Señor llamó á todo el mundo, bendijo á todo el mundo,

„ perdonó á todo el mundo, y pidió por sus enemigos: pero cuando, „ pasada la catástrofe, salió de su sepulcro, no fueron ciertamente „ sus enemigos con quienes envió á reunirse á María Magdalena, „ sino con sus Apóstoles y sus hermanos..”

Sin temeridad puede asegurarse que si Balmes hubiera vivido habría dicho este mismo *no*, después de aquel *sí*, que tan á mal le llevaron sus injustos censores.

El escrito acerca de Pío IX es el último de los comprendidos en la *Colección escogida* de los suyos que publicó Donoso en dos volúmenes, pocos días antes de que estallase la revolución francesa de 1848. En cabeza de aquella edición se halla la siguiente advertencia:

„ El autor de los escritos que componen esta colección, no la publica porque ponga en ella su vanidad, ni porque la estime en mucho; la publica solamente para dar esta muestra de deferencia á sus amigos, que deseaban hace tiempo ver reunidos los escritos que sobre materias graves ha improvisado en ocasiones críticas ó solemnes. *Resuelto, por otra parte, á seguir de hoy más nuevos derroteros y rumbos en las ciencias sociales y políticas, ha creído que esta colección podía servir para señalar á un tiempo mismo el término de una época importantísima de su vida, y el principio de otra que no ha de ser menos importante.* Al formar esta colección, le vino al pensamiento la idea de hacer algunas variaciones y reformas en los escritos de que se compone: pero no tardó en variar de propósito, al considerar que son escasos los escritos merecedores de una revisión esmerada, y que entre los que ha dado á luz no hay ninguno que sea digno de tan alto merecimiento..”

“*De hoy más—dice Donoso—voy á seguir nuevos derroteros y rumbos en las ciencias sociales y políticas...*” Ese *de hoy más* era la víspera de la revolución de Febrero; es decir, de una catástrofe, que vino á señalar nuevos derroteros y rumbos á las sociedades y á los Gobiernos. ¡Singular, y, cuando menos, curiosa coincidencia, en los momentos inmediatamente anteriores á un suceso que viene á dejar transidos de vapor á los Gobiernos y estremecidas á las sociedades! ¡Singular coincidencia, decimos, esta voz que sale de medio del desierto, ofreciendo un apóstol á la verdad y un vengador á la justicia ultrajada; singular coincidencia la de este presentimiento que hace á un hombre romper pública y solemnemente, con todo lo pasado, y le impulsa á templar las armas con que ha de contrastar las osadas invasiones del porvenir, que avanza proceloso!

Y aquí es ocasión oportuna de refutar, por tercera y última vez, á los que explican la sucesión de las doctrinas y opiniones de nuestro filósofo por el influjo que ejercían sobre su ánimo, exaltando su imaginación, los sucesos exteriores. La colección escogida de sus escritos se publicó antes de la revolución de Febrero: la advertencia que la precede, así como las causas inmediatas que le decidieron á seguir nuevos derroteros y rumbos, ó para hablar más claro, los hechos que directamente provocaron la que él llama su *conversión*, son anteriores á la revolución de Febrero: luego la revolución de Febrero no es la única, ni la principal siquiera de las explicaciones naturales del ardor con que se arrojó en los estudios teológicos, embebiendo su alma en los arrobamientos del misticismo. Lo que hizo esa revolución, fué confirmar sus creencias, exaltar su amor á la sagrada doctrina que se había apoderado de su espíritu, y dotarle de sin igual pujanza para combatir las que con harta razón juzgaba consecuencias desastrosas de las doctrinas opuestas. ¿No había de amar una verdad, cuya prueba tocaba con la mano? ¿No había de tener como inspiradas por la sabiduría eterna sus predicciones, cuando con sus ojos veía todo cuanto había previsto con la intuición de su fe católica? ¿Y no era aquel el momento de penetrar en el abismo de los males con la antorcha del bien eterno, para ver quién era, dónde residía y con qué medios obraba el genio dominador de aquel abismo? Si que lo era: y para los que no quieren ser ciegos ni sordos, aquel hombre que les mostraba el medio de cegar los abismos del mal nuevo, no era en verdad distinto del que ya antes les había enseñado cómo se combatían otros males. No era distinto el doctrinario de recto corazón y de voluntad sana, que combatía en 1836 á la demagogia trastornadora del orden político; no era, no, distinto del católico que en 1849 combatía á aquella misma demagogia, convertida ya en falange satánica, trastornadora del orden social y enemiga del orden humano. Los que sí eran ilógicos por timidez, é impenitentes por orgullo, eran los que, condenando unas consecuencias, guardaban como sagrados los principios de que partían; los que juzgaban extinguida la fragua de los rayos, porque callaba un momento el rugido de la tempestad; los que inermes para resistir al mal, temían defender el bien que se les mostraba... Prosigamos nuestra reseña.

Publicada la colección escogida de los escritos, que comprendía cuanto su autor creyó conveniente presentar como justificación de los triunfos ganados por su talento en la liza científica y literaria, obtuvo dos honras correspondientes á cada uno de estos lauros,

siendo electo Presidente del Ateneo y de su sección de Ciencias morales y políticas; mientras que la Academia de la Lengua le abría sus puertas, nunca en verdad negadas á ningún género de talentos. Y así debía ser, para que aquella Corporación no recelara de llamar á su seno á un escritor, que ciertamente no se había distinguido por lo castizo del lenguaje, ni habitualmente se ejercitaba en el orden de estudios propios de aquel instituto. La Academia, pues, no se dió por engañada, cuando al admitirle le oyó pronunciar un discurso acerca de la Biblia, más teológico que literario, si bien su autor, para cumplir algo de lo que la ocasión pedía, no dejó de amontonar en él galas propias de su estilo, y aun de cuidar algo más de lo habitual en sus escritos, de la pureza del lenguaje. Pero apréciese como se quiera el mérito literario de aquella peroración, será siempre un notable documento en que estudiar el progreso que en la mente de su autor iban logrando sus nuevos estudios, y el que en su corazón iba haciendo el reanimado amor al Dios de sus padres, y á la fe de su infancia. Como Presidente de la Sección de Ciencias del Ateneo, también llevó allí el ardor que ya únicamente le inspiraba; y en las varias conferencias que propuso y dirigió entonces, fué, por decirlo así, publicando el prospecto de todas las doctrinas y opiniones que profesó hasta su muerte.

Empezaba en este tiempo el último y más prodigioso esfuerzo de su maravillosa actividad intelectual; rehacía completamente sus estudios históricos-filosóficos; formaba voluminosos extractos de lo que leía; escribía artículos en los periódicos; redactaba notables informes como Consejero Real; tomaba activa parte en la gestión de los negocios públicos; peroraba en el Parlamento; proseguía las pretensiones de su numerosa clientela; conversaba con sus amigos; y en medio de esta agitación, que hubiera bastado para agotar tres vidas, todavía le quedaba tiempo sobrado para ejercer su piedad sincera y su caridad ardiente. Por entonces fué también cuando, nuevamente honrado con la especial confianza de S. M. para dirigirla en calidad de maestro, se puso á escribir para su augusta discípula unos *Estudios sobre la Historia*, que son, entre todos sus escritos inéditos, uno de los más dignos de especialísima atención, no tanto por su mérito intrínseco, que no es escaso, como por ser la primicia de sus estudios teológicos, y la única producción en que directamente se haya propuesto escribir filosofía de la Historia, sin embargo de ser este el objeto común de todas sus producciones en todos tiempos. Pero poseído, como estaba, cuando empezó esta obra, del orden de ideas que ha cultivado hasta su muerte, suce-

dióle que, proponiéndose escribir de Historia, se sorprendió quizá á sí propio escribiendo de Teología. En las nociones preliminares traza un plan de Historia universal, no muy diverso del que siguió Bossuet en su inmortal discurso; salvo que en la primera sección de su división cronológica, que comprende los principales sucesos de los tiempos primitivos, plantea y trata cuestiones que, si ciertamente no son extrañas á su propósito histórico, corresponden, sin duda, más propiamente á un tratado especial de teología, como son las que versan sobre el acto creador de la Omnipotencia divina; sobre la institución de la familia; sobre el pecado y el mal; la causa y la pena de la culpa cometida por nuestros primeros padres; el libre albedrío, y la gracia antes y después del pecado. Tales son los asuntos que trata en los cinco capítulos que escribió de los *Estudios sobre la Historia*, á los cuales en esta edición irán incorporados otros tres que les son análogos, si bien están escritos en fecha posterior, y por lo que aparece, con designio de que fuesen primeros de una filosofía católica, cuyo plan se halla entre sus apuntes de última fecha. Estos tres capítulos tratan de la *sociedad y del lenguaje*, del *error fundamental de la teoría sobre la perfectibilidad y el progreso del hombre*, y de la *caridad cristiana*.

Comparando todos estos escritos entre sí, y con las fechas á que corresponden, puede juiciosamente asegurarse que los trabajos preparatorios de los mismos que hizo su autor, le sugirieron acaso la idea de abarcarlos en un cuerpo de doctrina; y evidentemente, en ellos están contenidos los materiales que le sirvieron para escribir el *Ensayo sobre el catolicismo, liberalismo y socialismo*. Con esta fundadísima conjetura se explica por qué no continuó sus comenzados *Estudios sobre la Historia*, si por otra parte se tiene en cuenta el cúmulo de sus ocupaciones, que no le dejaban la necesaria holgura para el examen y coordinación de datos; es decir, para el prelijo trabajo material que requerían la índole y el inmediato objeto de aquellos *Estudios*.

Mientras que estos trabajos y proyectos le ocupaban, íbase cada vez con mayor furia desatando por Europa el huracán revolucionario de Febrero. Con su instinto funestamente perspicaz para conocer á sus más terribles adversarios, el genio de la destrucción había tendido sus negras alas sobre la Ciudad Eterna, haciendo allí alarde más espantoso de sus fuerzas y dando muestra más cumplida de su designio; como si quisiera, en la patria inmortal de los Césares y de los Pontífices, extinguir de un solo golpe el supremo asiento en la tierra de la autoridad divina, y el alcázar sagrado en que repo-

san, como en su eterno asilo, todos los principios tutelares de la autoridad humana. En nombre de la libertad se había salpicado la Silla de San Pedro con sangre derramada por brutales asesinos. Donoso juzgó entonces llegado el momento de desplegar su bandera, de entrar en la gran liza armado de todas armas, y de escoger un palenque donde le oyera el mundo.

Rara vez es concedido al hombre medir la grandeza de su triunfo por la grandeza de su propósito; pero Donoso, en aquella ocasión; no iba á combatir en nombre de ningún interés humano: él pudo con entera confianza exclamar: *Exurge, Domine, et judica causam tuam*—y cuando su recta intención le hubo asegurado del auxilio divino, levantó aquel acento inspirado que el Congreso oyó con aquel entusiasmo indecible en la memorable sesión del 4 de Enero de 1849. La Asamblea pudo aquel día reconocer en el orador perfecta ya la última fase de las que naturalmente debía recorrer el que, dirigiéndola por primera vez la palabra en Marzo de 1838, osó ya hablarla de la intervención de Dios en los acontecimientos humanos; el que hablándola otras veces en los cinco años anteriores, la había pedido respeto á las instituciones tradicionales de nuestros mayores y protección para la ultrajada Religión de nuestros padres. Era el mismo, que ya venía á decirle: Es preciso que escojáis, y que escojáis pronto, entre la voluntad de Dios ó la voluntad del hombre; entre el derecho divino y el derecho humano; entre la doctrina de la Iglesia y las proclamas de la logia; entre la libertad que nos da Jesucristo á precio de su Sangre y el bárbaro desenfreno de los demagogos impíos: entre el catolicismo, que lleva en su seno inmortal la verdad y el bien, y vuestro eclecticismo religioso, filosófico y político, que creyendo, por medio de arbitrarias combinaciones, defender lo que se debe á la libertad de los pueblos, á la razón del hombre y á la majestad de Dios, va dejando á los pueblos sin libertad, al hombre sin razón, y á Dios sin altares.

No hay para qué analizar aquel discurso: cuantos pueden entenderlo, de seguro lo recuerdan; la Europa lo sabe; el mundo católico lo ha visto traducido en todos los idiomas cultos, y ha oído las alabanzas que en todas partes se le han tributado, y el clamoreo que han levantado contra estas alabanzas los necios y los malvados de todas las latitudes, aquende y allende del Pirineo. Todo el mundo recordará la correspondencia pública que, con motivo de aquel discurso medió entre su autor y el ilustre filósofo y publicista á quien la Francia católica debe tan gloriosas tareas, el Sr. Conde de Montalembert: y públicas también haremos en esta edición las mues-